

bambú

S.O.S.
Rata Rubinata
Estrella Ramón



Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S. A.

© 2008, Estrella Ramón
© 2008, Editorial Casals, S.A.
Tel.: 902 107 007
www.editorialbambu.com
www.bambulector.com

Diseño de la colección: Miquel Puig
Ilustraciones interiores y de la cubierta: Albert Asensio

Sexta edición: abril de 2011
ISBN: 978-84-8343-042-2
Depósito legal: M-13.594-2011
Printed in Spain
Impreso en Anzos, S.L. - Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

Capítulo 1	7
Capítulo 2	13
Capítulo 3	23
Capítulo 4	31
Capítulo 5	37
Capítulo 6	43
Capítulo 7	49
Capítulo 8	61
Capítulo 9	65
Capítulo 10	71
Epílogo	75



Capítulo 1

La Rata Rubinata era una rata de las llamadas comunes que, desgraciadamente para ella, de común, apenas si tenía nada. Estaba muy delgada –enseguida averiguaréis el porqué–; tenía las orejas grandes, la cola muy larga y el pelo, y ahí radicaba su problema, el pelo le crecía sorprendentemente suave. Y liso. Y largo. Y... ¡de un rojo carmesí!

¿Qué digo carmesí?

De un rojo rabioso.

¿Qué digo rabioso?

De un rojo más que rabioso: radiante, deslumbrante y despampanante.

Por eso le habían puesto Rubinata, porque era colorada y brillaba como un rubí. Un color precioso para una sortija, pero trágico para una rata.

En la Alcantarilla Norte, la alcantarilla donde vivía Rubinata, todas las demás ratas tenían los pelos ásperos y de tonalidades oscuras y mortecinas: color gris sucio, color avellana reseca, color ala de mosca, color patata hervida...

Montones de grises, pero pelo rojo, ni una más. Era la única rata encarnada de toda la alcantarilla y, la verdad, sobrevivir le resultaba una tarea muy pero que muy peliaguda.

Ya desde pequeña lo había pasado fatal, con las demás ratas persiguiéndola a todas horas y coreándole aquello de:

«Rata Rubinata, tomate con patas.»

Bueno, de hecho, no todas las ratas se lo cantaban. Podríamos decir que Rubinata tenía dos amigas: la Rata Desiderata y la Rata Postdata, que nunca se burlaban de ella y que, cuando nadie las veía, hasta le daban un poco de conversación y procuraban ayudarla.

Lo malo era que ninguna de las dos tenía mucho empuje, así que nunca la defendían en público. Eran amigas suyas, pero sólo una pizca, a escondidas, y no pensaban jugarse ni un pelo, ni siquiera uno de los más cortitos, por aquella amistad.

Y nada, que los días pasaban uno tras otro, y el problema de Rubinata, lejos de solucionarse, lo único que hacía era empeorar.

Acostumbra a suceder que cuando no te gusta una situación, si no te esfuerzas por cambiarla enseguida, cada vez se lía más hasta el extremo de que, al final, ya ni queriendo consigues arreglar nada.

Citando una infalible sentencia del *Codex Ratae*:

«Si no le pones el cascabel al gato de pequeño, de mayor, no hay quien se acerque al minino».

Así que Rubinata andaba siempre sola, ninguna rata quería salir con ella a rebuscar basuras por los contenedores del barrio.

Ni la Rata Desiderata.

Ni la Rata Postdata.

Ni ninguna rata.

De noche, Rubinata se transformaba en una especie de farol rojo en medio de la calle.

–¡Limpieza de rata! ¡Será resplandeciente! –rene-gaba una rata larga y lustrosa, color ala de mosca–. Pareces un semáforo dando paso a los gatos para que se nos echen encima. *Go away*, Rubinata!

No os lo he dicho todavía, pero a las ratas de la alcantarilla de Rubinata les encanta acabar sus frases en inglés. No todas las alcantarillas usan el inglés para terminar sus disertaciones, las hay que recurren al francés, al alemán, al euskera, al catalán, al gallego, al árabe, al ruso...

Incluso se sabe de ciertas alcantarillas, muy cultas y refinadas, que utilizan lenguas clásicas, como el latín o el griego, para finalizar sus frases.

–¡Será limpia e higiénica esta rata roja y desinfectada! Contigo no hay quien cene tranquila. ¡Lárgate a tu agujero y empápate bien en loción cacadevaca!

–Con ella al lado no hay quien se libre de los gatos. Es como si sólo nos vieran a nosotras –añadió una rata color patata asada.

Pobre Rubinata.

Siempre igual.

Si salía en busca de alguna basura para alimentarse, tenía que aventurarse sola. Y todas las ratas saben, hasta las más pequeñas e inexpertas, que ir a buscar desperdicios, sin compañía, es peligrosísimo. Suicida.

Como apunta muy acertadamente el *Refranero de la rata sabia*:

«Rata que sola va, poco tiempo durará».

Tampoco ganaba gran cosa si no salía a buscar basura y decidía quedarse en la alcantarilla y comer en un ratstaurante. Apenas se acercaba a la puerta del establecimiento, ya se oían las quejas de la dueña:

–¿Pero tú de qué se supone que vas, rata pulida? ¡Cereza flamante! ¡Fresa a la sazón! Mira, sal ahora mismo de mi ratstaurante. ¿Qué quieres? ¿Espantarme a la clientela con ese olor a jabón que atufas?

Los hechos se repetían en cada ratstaurante, en cada bar, en cada fonda... No había nada que hacer.

A Rubinata, la boca se le hacía agua arrimada a la puerta y leyendo la carta:

Entrantes

Ensalada ratonera a las finas hierbas

Ensalada a la rata vegetariana

Pisto a la rata apestosa

Gazpacho basuril

Primeros platos

Paella de inmundicias con marisco

Torta de basuras varias

Sopa de tomillo marrandillo

Crema de porquerías a la juliana

Ratatouille à la belle ordure

Segundos platos

Albóndigas no quieras saber de qué
Estofado de residuos con setas
Rosbif a la suciedad viscosa
Croquetas a la marrané asquerosé
Tortilla de porquería con patatas

Postres

Flan cloaquero
Surtido de repostería a la cacadevaca
Café y quesitos

Pero Rubinata era más pobre que una rata. Por no tener, no tenía ni un rateuro. Aunque a decir verdad, ser pobre no le preocupaba ni pizca. Total, para lo que podría haberle servido el dinero... No conseguía ni meter el bigote en ningún sitio sin que se armara una gorda por culpa de aquellos pelos suyos tan recontrarrosos.